

## *SOBRE EL PROBLEMA DE LA MUERTE*

Escribe: ALVARO SANCHEZ

De ordinario sucede que un renombrado autor pasa a la posteridad por una o dos de sus obras maestras, y para el resto de su labor descende, son sobra de injusticia, el olvido o el desconocimiento. Buen número de lectores no conocen de Calderón sino "La vida es sueño" y "El alcalde de Zalamea"; la copiosa colección de sus autos sacramentales, como si no existiesen. Otro tanto sucede con la ingente obra literaria de Lope. Al oírle nombrar recordamos que es el autor de "Fuente Ovejuna", "La estrella de Sevilla" y "El mejor alcalde el rey": he aquí lo que se conoce de las 1.500 y más comedias de capa y espada; de sus múltiples dramas; de sus numerosos y admirables autos sacramentales; de su lírica tan briosa como variada; de sus escritos en prosa, nada o casi nada. El solo dar los títulos de sus obras acobarda al más resuelto lopista.

Otro tanto sucede con el Príncipe de nuestros novelistas. Ya se da por satisfecho el que alguna vez leyó, en ratos de ocio, "El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha". ¿Y luego Cervantes escribió algo más? no faltará quien asombrado pregunte. Si, señor: una docena de novelas ejemplares; otra

de entremeses; la famosísima tragedia de "Numancia"; y los 1.070 tercetos de su "Viaje al Parnaso". Alguno de los que estas líneas leyere, dirá: eso sucede con los autores pasados de moda por anticuados; con los modernos, no. También: ese mismo olvido cobija a los que en su hora escucharon los aplausos de la fama. El archifamoso autor de "Los intereses creados", ya no es del gusto del día. ¿Qué compañía se atrevería a montar "Rosas de otoño"? Tal vez ninguna, ni siquiera de provincia, de miedo que la sala quedara vacía.

Y ese fenómeno no es español tan solo: así es de inestable todo lo temporal; así es la vida: todo envejece, todo pasa. ¿Qué se ha de hacer si se escribe tanto, el tiempo es tan breve, y hay que ganar la vida? Del sobre toda ponderación insigne Wolfgang Goethe hoy se lee "Fausto", y tal vez nada más. Una feliz casualidad puso en mis manos un libro suyo que recoge acaso su más íntimo pensamiento. Debe leerlo quien desee conocer la multiforme personalidad del épico de Weimar. Pedro Juan Eckerman anota día por día las conversaciones que, sobre los más variados temas sostuvo con

el insigne alemán, maestro y modelo en su tiempo, de cuantos se preciaban de letrados.

El que esto escribe no tenía noticia del libro titulado **"Conversaciones con Goethe en los últimos años de su vida"**, por J. P. Eckerman, pero ojeando un día **"Muerte y supervivencia"**, opúsculo de Max Scheler, encontré una cita de Goethe tan importante, que me determiné a pergeñar unas líneas para hacerla conocer de los lectores del Boletín.

No hay ningún instante más trascendental y definitivo que el de la muerte, y ello no porque concluya la actividad libre y consciente sino por la angustiosa pregunta: ¿Qué sobreviene luego? Para los que tenemos la dicha de creer, esa angustia no existe pues confiados en la divina piedad, sabemos que a lo fluctuante y oscuro del tiempo, se sigue la inmodificable y dichosa vida de la eternidad". La vida —como decía la Santa de Avila— es una noche pasada en una mala posada". Lo importante es la vida ajustada al querer de Dios para lograr el fin: la paz en su eterna luz; el arrepentimiento de lo mal obrado y su perdón para concluir esta incierta y dificultosa ruta de la vida, y caer en los brazos de Dios.

Parece que, al menos teóricamente, el hombre actual acepta la supervivencia de las almas; mas en la vida práctica no cree en la inmortalidad del principio vital humano. De ser esta idea una verdadera vivencia, no se advertiría el retorno, casi universal, a la manera de vivir en el viejo paganismo. "El hombre moderno, (son palabras de Scheler) no cree en la supervivencia y en una superación

de la muerte por ella, tan solo y en la medida en que no tiene ante sí, intuitivamente, su muerte, tan solo y en la medida en que por su modo de vida y por la clase de sus ocupaciones expele de la zona clara de su conciencia, hasta dejarlo reducido a un puro juicio de que "sabemos que hemos de morir", el hecho actual e intuitivamente presente a aquella, de la certeza de la muerte. Pero donde la muerte misma no está dada en esa forma inmediata donde su acercamiento solo está dado como un saber que surge de cuando en cuando, tiene que palidecer también de una superación de la muerte por la supervivencia.

El tipo del hombre moderno no hace gran caso de la supervivencia, fundamentalmente, porque niega en el fondo el núcleo y la esencia de la muerte.

La certidumbre de la supervivencia de las almas sería una esperanza de una renovación moral del hombre de nuestros días. Esa la importancia que le doy a las palabras de Goethe. El eximio intelectual de Weimar aceptaba la supervivencia de las almas. Goethe, como bien se sabe, no era católico; era protestante, pero no era materialista, era cristiano, aceptaba la supervivencia de las almas, de su "entelequia", como él decía, y, no obstante no estar fundadas en la revelación sus razones, son muy dignas de tenerse en cuenta.

Goethe murió pasados los 80 años, en plena lucidez mental, bullían en su inteligencia planes para muchas obras. Oigamos sus propias palabras: "Este pensamiento de la muerte me deja absolutamente tranquilo, porque tengo la persuasión firme de que nuestro es-

píritu es una esencia de naturaleza absolutamente indestructible, es algo que continúa actuando por una eternidad de eternidades, semejante al sol, que parece ponerse solamente ante nuestros ojos terrestres, pero que en realidad no se pone nunca, sino que continúa brillando incensantemente.

Tampoco necesita el filósofo la autoridad de la religión para demostrar ciertas doctrinas, como la de la supervivencia inmortal. El hombre debe creer en la inmortalidad, tiene derecho a ello, es conforme a su naturaleza, y le es lícito apoyarse en afirmaciones religiosas; pero si el filósofo quiere extraer de una enseñanza religiosa la demostración de la inmortalidad de nuestra alma, ello es algo endeble y no significa mucho. La persuasión de nuestra perduración brota tan solo del concepto de nuestra actividad, pues yo continúo absolutamente hasta mi fin, la naturaleza está obligada a asignarme otra forma de existencia, ya que la actual es incapaz de soportar más el espíritu". (Hasta aquí son palabras de Goethe).

Y comenta Sheler: "De estos tipos de creencia (expuestos ya los argumentos de Kant) el de Goethe es el que se halla más próximo a la verdad. Todo deber debe estar fundado en un poder —y esta conciencia de poder, de un poder espiritual para más de lo que nuestra vida terrestre es condición e instrumento, es lo que da más seguridad intuitiva y más evidencia de la supervivencia. El naufragio de esta creencia representa por esto, al propio tiempo, un testimonio del naufragio de la conciencia de nuestra potencia espiritual. La experiencia primaria y profunda de una libertad que el poder de nues-

tra existencia espiritual posee frente a las obturaciones en que se halla sumida a causa de su unión con un cuerpo terrestre; tal es la verdadera y perdurable fuente de la creencia en la inmortalidad". (Max Scheller - Muerte y supervivencia).

¿Y qué hará el hombre en la vida inmortal subsiguiente a la muerte? Goethe responderá: laborar. Preguntamos de nuevo: ¿en qué y para qué?... Muy lógico parece que a la supervivencia de las almas, se siga la certidumbre de las responsabilidades de lo actuado en la vida presente, que al cabo no puede ser sino un estadio de prueba, unos años de preparación para el logro de un fin de acuerdo con la imperecedera naturaleza de nuestro principio vital. La criatura humana es un compuesto de una forma sustancial, cuya inmortalidad reconoce la aguda inteligencia de Goethe, como la reconocieron los verdaderos filósofos de todas las épocas; y la reconocen las mentes más sencillas iluminadas por la luz de la fe: pensar, como parece que sugiere la preclara mente del poeta de Weimar, para acabar la labor empezada en la actual existencia, es, a mi ver, ilógico: Es no darle una finalidad a la vida: la futura inmortalidad es para llegar a un fin digno del Creador de la esencia imperecedera de su creatura. Dios no sentencia a nadie: el hombre que usó mal del excelso don de la vida, pierde al morir —y ello de manera definitiva— su último fin; el que acaba en la amistad de Dios porque empleó la vida en un laborar justo, o arrepentido de los desórdenes que hubiere cometido, logra también su fin, de manera definitiva; fin que en esta sola palabra se compendia: felicidad.

El poeta Reiner María Rilke resume en forma insuperable el pensamiento que yo expresé de muy imperfecta manera:

“Señor, da a cada uno su propia muerte, el morir que brota de la vida, para que tenga amor, sentido y urgencia. Porque somos nosotros la corteza y la hoja. La gran muerte que cada uno lleva en sí, es el fruto en torno al cual gira todo. Porque lo que hace extraño y di-

ficil el morir, es que no es nuestra **muerte**; una muerte que nos arrebatara por fin, solo porque no hemos madurado muerte ninguna en nosotros; por eso viene una tormenta, para despojarnos de todo”.

Esperemos la muerte serenos, en la esperanza de que lograremos nuestro último fin: la eterna posesión de Dios nos dará una felicidad perfecta e inmutable.